

EDITORIAL *Marzo: el mes que desnuda la fragilidad financiera de los hogares*

Marzo vuelve cada año con la misma sensación de desorden y presión económica. No es una sorpresa ni un imprevisto, pero se vive como si lo fuera. La compra de útiles escolares, uniformes, matrículas, permisos de circulación, contribuciones y el arrastre de cuotas adquiridas en vacaciones convergen en pocas semanas, tensionando el presupuesto de miles de familias. Sin embargo, más que un problema coyuntural, marzo es el momento en que se hace visible una fragilidad financiera que se arrastra silenciosamente durante todo el año.

Los gastos asociados al inicio del año escolar son absolutamente predecibles. Las listas de útiles no aparecen de manera inesperada y los compromisos vehiculares tienen fechas conocidas con anticipación. El problema, entonces, no es la falta de información, sino la dificultad para generar provisiones previas. En regiones como el Maule, donde los ingresos promedio son más bajos que en la capital y donde una parte relevante del empleo es estacional o informal, el margen de ahorro es reducido. Cuando los ingresos apenas alcanzan para cubrir los gastos mensuales corrientes, cualquier concentración de obligaciones produce un efecto dominó en las finanzas del hogar.

Ante esa presión, el crédito aparece como una válvula de escape inmediata. Las cuotas sin interés, los avances en efectivo y las promociones del comercio permiten distribuir el impacto en el tiempo. A primera vista, la estrategia parece razonable: dividir el gasto para hacerlo manejable. No obstante, desde la perspectiva del flujo de caja, comprometer ingresos futuros limita la capacidad de respuesta ante nuevos gastos y reduce el margen de maniobra en los meses siguientes. Así, abril y mayo comienzan ya con obligaciones heredadas de marzo, configurando un ciclo de endeudamiento que se vuelve estructural.

No se trata de cuestionar el uso del crédito en sí mismo. Bien administrado, es una herramienta legítima de financiamiento. El problema surge cuando sustituye a la planificación y se convierte en el único recurso disponible para enfrentar gastos que eran perfectamente anticipables. La diferencia entre una decisión financiera estratégica y una reactiva radica en la capacidad de previsión. Y esa capacidad no depende únicamente de la voluntad individual, sino también de la formación y las condiciones estructurales.

Aquí emerge una deuda pendiente como sociedad: la educación financiera. En el sistema escolar se enseñan contenidos matemáticos y conceptos económicos generales, pero pocas veces

se aborda de manera práctica la construcción de un presupuesto familiar, la estimación de flujos de efectivo o la evaluación del costo total de una deuda. La ausencia de estas herramientas se traduce en decisiones basadas en urgencias y no en planificación. Cuando los hogares carecen de competencias financieras básicas, el impacto de marzo no es solo más intenso, sino también más prolongado.

A ello se suman factores estructurales que exceden la responsabilidad individual. La volatilidad de los ingresos en sectores agrícolas y de servicios, la alta penetración del crédito de consumo y los bajos niveles de ahorro promedio configuran un escenario complejo. En ese contexto, exigir disciplina financiera sin fortalecer simultáneamente las herramientas disponibles resulta insuficiente. Se requiere una mirada integral que combine formación, instrumentos de ahorro accesibles y políticas públicas que consideren la realidad regional.

Desde una perspectiva técnica, el desafío consiste en transformar gastos concentrados en provisiones distribuidas a lo largo del año. Si el costo de los útiles escolares es conocido, debería incorporarse como un ahorro mensual programado. Si el permiso de circulación tiene fecha fija, su monto podría reservarse gradualmente. El principio es simple: todo gasto previsible debe planificarse. No obstante, su aplicación exige estabilidad mínima en los ingresos y una cultura de previsión que todavía no está plenamente instalada.

Marzo no es, en esencia, el mes más caro del año; es el mes que evidencia con mayor claridad nuestras debilidades financieras. Calificarlo como «caótico» describe la sensación, pero no explica la causa. La verdadera discusión debería centrarse en cómo fortalecer la resiliencia económica de los hogares, de modo que un conjunto de gastos conocidos no derive en estrés prolongado ni en endeudamiento permanente.

Transformar marzo en un mes gestionable implica pasar de la improvisación a la estrategia. Significa comprender que la estabilidad financiera no se construye en el momento de la compra, sino en los meses previos, mediante provisión y planificación. Mientras no avancemos hacia una cultura financiera más sólida y hacia condiciones estructurales que permitan el ahorro efectivo, marzo seguirá siendo percibido como una cuesta empinada. Y, en realidad, no será el calendario el que falle, sino nuestra capacidad colectiva de anticiparnos a él.